

EUROPA NO PUEDE RENUNCIAR A SÍ MISMA

En mi archivo de textos para no olvidar, conservo unas palabras del cardenal **Joseph Ratzinger**, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y, más tarde Obispo de Roma con el nombre de Benedicto XVI.

En su conferencia titulada "*Europa: sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana*" pronunció unas palabras que aún ahora sirven para iluminar este tiempo tempestuoso e incierto que vivimos en Europa al que nos han conducido y desconcertado tanto la pandemia del Covid-19 como la tremenda intrusión en Ucrania del ejército ruso. Creo, por tanto, que es tiempo oportuno para repasar aquellas palabras:

"¿Hay una identidad de Europa que puede tener un futuro y por la cual podamos comprometernos con todo nuestro ser? Sólo quisiera indicar brevemente los elementos morales fundamentales que, en mi opinión, no deberían faltar.

Un primer elemento es el carácter incondicional con que la dignidad humana y los derechos humanos deben presentarse como valores que preceden a cualquier jurisdicción estatal. Hoy en día, casi nadie negará directamente esta preeminencia -son aún recientes los horrores del nazismo-, pero en el ámbito concreto hay amenazas muy reales para estos valores: la clonación, la conservación de fetos humanos para la investigación y donación de órganos, la manipulación genética, el tráfico de personas humanas, las nuevas formas de esclavitud, el tráfico de órganos humanos para trasplantes. Es propiamente en estos puntos donde se arriesga la seriedad del principio que está en juego.

Un segundo punto en donde aparece la identidad europea es el matrimonio y la familia. Europa no sería Europa si esta célula fundamental de su edificio social desapareciese, o se cambiase algo de su esencia. Todos sabemos cuán amenazados están el matrimonio y la familia por el divorcio y la convivencia de hombre y mujer sin la forma jurídica del matrimonio. En notable contraste con todo esto, existe la petición de comunión de vida de los homosexuales, quienes ahora paradójicamente exigen equipararse al matrimonio. Estamos ante una disolución de la imagen del hombre, cuyas consecuencias sólo pueden ser extremadamente graves.

Mi último punto es la cuestión religiosa. Quisiera poner de relieve sólo un aspecto fundamental para todas las culturas: el respeto a lo que es sagrado para otra persona, y, particularmente, el respeto por lo sagrado en el sentido más alto: por Dios. Donde se quebrante este respeto, se pierde algo esencial en la sociedad. En la sociedad actual, se multa a quien deshonra la fe de Israel, a quien vilipendia el Corán y el Islam; sin embargo, cuando se trata de Cristo y de lo que es sagrado para los cristianos, la libertad de opinión aparece como el bien supremo, cuya limitación resulta una amenaza o incluso una destrucción de la tolerancia y la libertad en general.

Occidente siente un odio por sí mismo, que sólo puede considerarse como algo patológico; Occidente intenta abrirse, lleno de comprensión a valores externos, pero ya no se ama a sí mismo; sólo ve de su propia historia lo que es censurable y destructivo, al tiempo que no es capaz de percibir lo que es grande y puro. Ciertamente, podemos y debemos aprender de los demás, pero es deber nuestro mostrar el rostro de Dios que se nos ha aparecido -del Dios que hasta tal punto es humano que Él mismo se ha hecho hombre-. Si no hacemos esto, no sólo renegamos de la identidad de Europa, sino que se desvanece un servicio a los demás al que ellos tienen derecho".

Estos tres elementos morales están sin duda entre las causas profundas tanto de la pandemia como de la guerra. Pero, son a la vez remedios seguros de su recuperación.